

Cuando desde Petrópolis de Brasil, Gabriela nos dice su *Recado sobre la alameda chilena*, vive el álamo y su sombra y su camino.

Gabriela Mistral es quien es y quien merece ser. Sus RECADOS no son lo que aquí llamamos «simpáticos». Hay en ellos un intelectualismo que ofrece dificultades a los espíritus de poco calado. Su agradabilidad no es para deleitar a la manera fácil. Yo me acuerdo de las preguntas y de las negaciones cuando poco se la defendía de los conceptos torpes. Yo me acuerdo de las sonrisas de duda de que alguien «entendiera» a Gabriela Mistral. Yo me acuerdo de la ignorancia de los que no la alcanzaban, y creían que nadie era capaz, honradamente de gustarla, menos de regustarla, y más que eso de adorar sus escritos y llevarlos como un gozo secreto y atractivo.

Esa Gabriela que para muchos no merece el premio Nobel, porque «tiene tan pocos libros», ha dispersado esas valiosas hojas de los RECADOS, perdidas en los diarios y revistas que difícilmente se guardan y forman cuerpo de labor. Esas valiosas hojas hace falta que sean cosidas, para formar el bloque más amable del volumen que tiene mejor cabida en las bibliotecas y en los hogares, que se amolda mejor en el hueco de la mano, y que forma más cuerpo para convencer a los incrédulos.



APORTE PARA LA INTERPRETACIÓN ESTÉTICA DE JUAN GODOY  
por Pablo García

He aquí el caso de un escritor que llega a nuestra literatura extraordinariamente bien dotado. Poseedor de un estilo conciso, rotundo, sabio forjador de imágenes, Juan Godoy es, entre los del 38, el que mejor se define como jefe, como cabecilla de grupo.

No son sus páginas meros balbuceos de un espíritu que busca su camino. Por el contrario, se trata de un creador que deja

a sus espaldas todo un pasado de desgarradora búsqueda y que cuando entrega sus novelas, ya ha logrado encontrar el justo término de expresión literaria.

En el dominio técnico sólo se compara a Diego Muñoz, herrero de fina maestría, pero acaso como éste, esté al borde de muchos peligros que pueden malograr su arte.

Godoy trae a la novela una concepción audaz, personalísima, que ha desorientado a muchos, pero quien se desorienta con la técnica manejada por Godoy, ha de quedar desorientado también frente al diario suceder de nuestra existencia, porque Godoy lleva a las páginas de sus novelas la vida, sólo la vida, la vida—simplemente—tal como ella es. Pero tal como ella es en su incoherencia, en sus cuadros sin ensamblar, en su geografía rocia, en lo que tiene de inconexa, en lo que discuerda consigo misma, con su esencia íntima, en el desorden con que van apareciendo las alegrías, los pesares, las pequeñas satisfacciones, los dolores, en fin, todos esos dislocados minutos a los cuales no puede la razón zurcir con ese fino hilillo de oro que se llama lógica.

Porque la vida se desliza conforme a un suceder desordenado y la locura hace cabriolas en el recodo de cualquier minuto. Esa es la vida: incoherencia, azar, cementerio de pájaros en fuga.

Godoy toma lo cotidiano y lo transfigura. Descascara la anécdota, el andamiaje de la diaria existencia y sobre los hechos puros, cristalizados, su espíritu creador va dando forma a la vida que hay más allá de nuestros sentidos, en oscuras regiones donde lo esotérico levanta su red de angustia.

Por eso en Juan Godoy, hay que distinguir dos aspectos: el del escritor que en el plano nacional señala rutas y el del artista que se incorpora a la literatura del mundo a través de una obra de universal contenido.

Son dos aspectos muy claros en la obra «godoyesca». El ambiente le presta sus seres desgarrados, sus marionetas, sus individuos de oscuros y torcidos instintos, sus ángeles buenos, sus ángeles caídos, sus terribles demonios. El creador hace de

ellos seres nuevos, los vitaliza, los transfigura, los convierte en seres de ebullente material cósmico.

Yo veo en este ciego Golondrino—de «La cifra solitaria»—un cabal aspecto del hombre. Leed esas páginas donde aparece tal personaje.

Golondrino y Brasil, su lazarillo. ¿Qué otra cosa es Golondrino sino la imagen del hombre que a ciegas, a tientas, en perpetua oscuridad, bordea los caminos indescifrables del más allá en busca del terrible secreto de la vida—que es también el secreto de la muerte—en busca de los últimos límites de lo humano, que son también los postreros límites de lo divino?

Echa a andar por las calles Golondrino y el vecindario sólo divisa en él a un ciego que arrastra su oscuridad de una calleja a otra. Pero este ciego posee algunas virtudes. Es, por ejemplo, sabio en el arte de los conjuros, docto en los ensalmos, conocedor de «las doce terribles palabras» que ahuyentan al maligno; poseedor de una personalísima concepción del universo, filósofo de profunda intuición, hábil y sagaz explorador del abismo.

Golondrino lleva una doble existencia. Tapiados sus ojos materiales, es el espíritu quien los reemplaza y va tactando en la inmensidad del universo la verdad de cada cosa, la irrealidad de la vida, la terrible realidad del más allá.

Con su perrillo mantiene profundas conversaciones y es éste el depositario de sus inquietudes, de sus interrogaciones, de sus tanteos en busca de una verdad definitiva.

Dejándolo monologar ayuda el perrillo a su amo. Tal vez comprende que el secreto de la vida ha de buscarlo el hombre en sí mismo, en la profundidad de su ser.

Y ahora digo yo ¿en qué forma ayuda la filosofía al hombre? ¿No ha de ser cada hombre un filósofo? ¿no ha de construir cada cual su propia filosofía? ¿No la ha de cimentar en sí mismo, en su propia experiencia? ¿No ha de ser la resultante de una expresión personal frente al universo que lo rodea, que lo ahoga, que lo aplasta con su omnipresencia?

Porque la filosofía es sólo un estímulo, nunca una explicación. Y si no se ha considerado a la filosofía como un arte, hora es ya de que lo hagamos, pues la filosofía sólo nos estimula a volver los ojos hacia el más allá, tal cual lo hacen la pintura, la escultura, la poesía, la música.

La filosofía ejecuta su parte a gran orquesta, pero allá al fondo de sí mismo, el hombre, la cifra solitaria, el terrible ángel caído, eleva sus gemidos, sus trinos, sus imprecaciones y frente al abismo—extendidos los brazos para abarcar el universo todo—eleva su aria potente, su espantosa elegía, hasta que se quiebra su aliento y queda a merced de su destino.

La noche de San Juan el ciego camina en busca de la revelación definitiva. Ha de florecer la higuera en tal noche. En tal noche ha de entregar su secreto.

Extraño lugar tiene la higuera en la tradición. Recordad cuántas veces aparece en las escrituras

Hay la parábola de la higuera estéril—San Lucas capítulo 13. (Tenía una higuera y vino a buscar fruto y no lo halló. Entonces dijo al encargado: tres años busco fruto en ella y no fructifica; córtala ¿por qué ocupará aún la tierra? Y el encargado respondió: déjala aún otro año hasta que la cave y estercole y si da fruto, bien y si no, la cortarás después).

Y luego en San Marcos capítulo 11: Regresa de Jerusalén el Nazareno, después de su entrada triunfal y como tiene hambre ve «una higuera que tenía hojas y se acerca, si quizá hallaría en ella algo y como vino a ella, nada halló sino hojas; porque no era tiempo de higos. Entonces Jesús respondiendo dijo a la higuera: nunca más coma nadie fruto de ti para siempre».

Y más adelante en el verso 20: «y pasando por la mañana, vieron que la higuera se había secado desde las raíces. Entonces Pedro acordándose, le dice: Maestro, he aquí la higuera que maldijiste, se ha secado.

Y ahora una respuesta desconcertante: «22. Y respondiendo Jesús les dice: Tened fe en Dios».

Presumo que primero ocurrió el episodio de la parábola y que mucho más tarde el narrador, convertido en protagonista, olvidó la parábola y como no había hortelano que le aconsejara maldijo la higuera que no tenía frutos, aún cuando «no era tiempo de higos».

Por eso pienso que antes que el manzano, es la higuera el árbol de la sabiduría, el árbol del bien y del mal.

¿No responde el Nazareno cuando le muestran la higuera seca: «tened fe en Dios», pues el que tiene fe en Dios, no necesita buscar la explicación de la vida en el árbol de la sabiduría y tan sólo el que duda, el que no tiene fe, busca su camino fuera de Dios.

Es pues la higuera árbol simbólico y a su protección se acoge Golondrino, el ciego, en noche de San Juan.

Y ocurre que el perrillo que le hace llevadera sus tinieblas, muere en esta noche de aquelarre y Golondrino ha de acercarse solo a las entrañas del misterio revelado.

Al día siguiente el vecindario descubre el cadáver del perro y divisa allá lejos «en el filo mismo de la montaña o en el pensamiento» a Golondrino que «avanzaba, los ojos en alto, las manos empapadas de luz, hacia el mar, hacia los cielos inmensos y mudos...».

Y asombrados exclaman: «nosotros todos vemos con nuestros ojos mortales... y somos ciegos. El, él que era ciego, ha visto la luz, la raíz de la luz, que nosotros nunca veremos...».

Perrillo inerme, la filosofía no traerá consuelo al hombre. De pregunta en pregunta, siempre avanzaremos sin llegar jamás a la respuesta definitiva, rotunda y vaciaremos nuevas interrogaciones al tonel sin fondo de nuestras inquietudes.

Pues el hombre ha de enfrentar solo, heroicamente, su destino.

Tal es la profundidad que hay en la obra de Juan Godoy y observe el lector que sólo he tomado un personaje de «La cifra solitaria». Quedan muchos más, cada uno con su oculto sentido,

tanto en este libro como en «Angurrientos», la primera novela del autor.

De entre los de la generación de 1938, no veo quien se le compare, como no sea Nicasio Tangol con «Huipampa, tierra de sonámbulos» ya que «Las bodas del grillo»—joya de nuestra literatura americana—corresponde a otro género literario.

De entre los «antiguos» no encuentro quien se le asemeje. Diego Muñoz—ya lo dije—le iguala en dominio técnico, pero temblequea en la hondura de sus personajes, pues le falta profundidad filosófica.

Por contraste podría comparársele con Augusto d'Halmar. D'Halmar es un sensualista; Godoy un agonista. D'Halmar es un enamorado de las bellas palabras, de las pedrerías, de las sedas. Godoy sufre cuando escribe; d'Halmar languidece.

Godoy explora serenamente el abismo; d'Halmar—de espaldas al abismo—vuelve su lámpara hacia lo que fué.

He ahí la diferencia entre un creador y un artífice. El primero busca las realidades profundas del devenir; el segundo lanza sus redes a lo que es definitivo, a lo que—por ya haber sido—mantiene cuajada en las entrañas su misteriosa verdad.

¿Quién ha errado el camino? ¿quién ha extraviado la ruta? Ninguno. Porque todos los caminos y todas las rutas desembocan en el gran misterio de la vida.

Bien está labrando Juan Godoy el pedestal de su posteridad. Yo espero verle algún día entre los primeros prosistas del idioma. Lo es ya. Pero el reconocimiento de las multitudes es lento y avanza de generación en generación.

El tiempo es el mejor juez. No nos apresuremos: démosle tiempo al tiempo.